



Nómadas

POR JERÓNIMO CALERO CALERO



LOS he visto llegar por la calle de San Marcos. Empujaban un pequeño carrillo en el que portaban un amplificador, a buen seguro toda su fortuna, hacia el centro de la población. Al llegar al cruce con Virgen de Gracia y observar cierto movimiento de gentes han decidido que era un buen sitio para interpretar una de las obras de su repertorio.

El volumen, preparado para llamar la atención, no contribuía al buen hacer de los intérpretes, que al ritmo almacenado de la batería, acompañaban órgano y trompeta consiguiendo a pesar de todo un efecto verdaderamente notable.

El grupo, formado por tres jóvenes, una mujer y un niño que apenas podría andar era un fiel exponente de las desigualdades de este final de milenio, que ofrece cifras desorbitadas a cantantes millonarios por interpretaciones en playback y paga con la mendicidad a quienes con un poco de lo que sobra podrían ser consumados artistas.

En mi observación, un tanto descarada, pude entender dos cosas: la primera es que no eran desgraciados -iban por la calle cantando y jugando- y la segunda que toda una filosofía de la existencia estaba cruzando por mi lado.

Súbitamente, sentí una oleada de ternura, una congoja de impotencia, un deseo irrefrenable de cambiar el mundo. Pero yo estaba allí, en la puerta de mi dorada cárcel, amarrado al lastre que me impedía seguir, al menos por unos instantes, el camino de la libertad.

De vez en cuando me sorprendió, dado lo adelantado que llevo el camino, con el anhelo de lo utópico, porque ni la libertad está en no tener un techo, ni la felicidad en repetir siempre la misma melodía. Es simplemente la insatisfacción que acompaña al ser humano desde que éste aprendió a compararse, la que nos hace anhelar aquello que, visto en otros, nos parece mejor que lo nuestro.

Y la respuesta me la dio este músico en un pequeño conato de conversación que intenté mantener con él: "los músicos no son buenos ni malos, sólo son diferentes", que aplicado al ser humano podrá venir a decir "los seres humanos no son mejores ni peores, sólo son diferentes".

Diferentes en cultura, en ideas, en color de piel, pero ni mejores ni peores. Las desigualdades las marcan los signos externos, aquellos que no son inherentes al ser humano y que tarde o temprano desaparecerán de la tierra.

El grupo de músicos callejeros, seguirá su errante caminar y será feliz, o tendrá la ilusión de serlo, desgranando su melodía por plazas parecidas de pueblos parecidos, para gentes parecidas. Habrá quienes, como yo, sientan el invisible aleteo de un viento de ilusoria libertad, rozando suavemente su epidermis.

Pero en el fondo, y quizás por costumbre yo necesito despertarme cada mañana con el martilleo de mi vecino Juan el zapatero y ver a la Telesfora barrer casi como en un rito su trozo de calle. Necesito saludar y ser saludado; pisar lugares conocidos, preguntarle como le va el negocio a Cristina la Florista o a Tere la carnicera. Necesito que en mi calle y casi como en un cortejo procesional voy a ir saludando a todos los mayores que sin demasiadas ganas de pasear, prefieren aguardar la hora de dormir sentados a la puerta de sus casas. Necesito en fin, saberme pueblo.

Y no renuncio por ello a mis ansias de libertad, que hoy vuelan desde esta página gracias a unos músicos callejeros, ni renuncio a sorprenderme con nuevas utopías, ni a despertarme con nuevas ilusiones. Sólo quiero que el fondo siga siendo lo mismo.